

## De la ciudad y sus vísceras: la atención zambranianana.

**E**scribir, dice Zambrano, viene a ser lo contrario de hablar. Tales palabras, que pertenecen a uno de sus primeros escritos ensayísticos<sup>1</sup>, me venían con insistencia a la memoria mientras preparaba la redacción del presente artículo. Durante ese proceso, debo confesar, sentía una cierta inquietud. Me disponía a escribir sobre María Zambrano y la ciudad, algo de lo que había «hablado» públicamente hacía apenas un mes.

En principio no pensaba detenerme en aquel ensayo; sin embargo, la reiterada evocación de la frase me impulsó a leerlo de nuevo y, como tantas otras veces, la escritura zambranianana me orientó en la vía a seguir: mis páginas versarían sobre algunas de sus reflexiones *ciudadanas* incorporando la forma que contuvo una parte de las palabras que he «retenido» aquí.

Según Zambrano, «hay en el escribir un retener las palabras, como en el hablar hay un soltarlas, un desprenderse de ellas, que puede ser un ir desprendiéndose ellas de nosotros». El oficio de quien escribe es «salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable». Al hablar nos hacemos prisioneros de lo pronunciado: «mientras que en el escribir se halla liberación y perdurabilidad —sólo se

encuentra liberación cuando arribamos a algo permanente»<sup>2</sup>.

El siguiente texto persigue *conservar* unas palabras y someterlas a un ritmo. Se apoya, pues, en un bosquejo trazado con el deseo de suscitar un diálogo entre quienes íbamos a reunirnos durante dos días del mes de mayo para la celebración de un Seminario sobre María Zambrano y cuyo lema rezaba: «Una verdadera ciudad es un espejo donde la historia se mira{...}»<sup>3</sup>.

El boceto, esquema al fin, fijó una figura que se me resistía a la hora de dar el paso del «hablar» al «escribir». Sin embargo, una cuestión formal, un término, vino a simplificar la manera de abordar lo complejo. La misma voz que me facilitó entonces el hablar sobre Zambrano, me ayuda ahora a escribir acerca suyo. El Seminario se había distribuido en comunicaciones y talleres de lectura; y a mí se me asignó uno de éstos.

Hasta donde soy capaz de recordar, la imagen del taller tiene una presencia muy importante en mi vida. He aprendido mucho en algunos y he disfrutado de inestimables *maîtres*. Heredero del francés *atelier*, el taller es el «lugar donde artesanos u obreros trabajan en común». Las nociones «en común», «junto con» y «obra de taller» recogidas en varias de sus acepciones

### Notas:

<sup>1</sup> M. Zambrano, «Por qué se escribe», en *Revista de Occidente*, Madrid (1934), t. XLIV. n.º 132, pp. 318-328, recogido en *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada, 1950 y reeditado en Madrid, Alianza, 1987; segunda reimpresión en 1993, pp. 31-38, edición por la que citaré. Véase también «Del escribir», en María Zambrano, *Las palabras del regreso (Artículos periodísticos, 1985-1990)*, edición y presentación de Mercedes Gómez Blesa, Salamanca, Amarú, 1995, pp. 115-118, citado en adelante *Las palabras...*

<sup>2</sup> M. Zambrano, «Por qué se escribe», ed. cit., en la nota anterior, pp. 32-33.

<sup>3</sup> «IV Seminario sobre la vida y la obra de María Zambrano», UB, Barcelona 3 y 4 de mayo de 1999, dirigido por Carmen Revilla.

me atraen indefectiblemente y no me parecen incompatibles con la defensa de los «aislamientos efectivos», a los que no puedo renunciar.

Por ello, en el intento de *salvar la momentaneidad* de lo expuesto en el simposio, me ha acompañado la experiencia de trabajar «en común» con otras voces, que es tanto como decir «junto con» otras miradas.

\*\*\*\*\*

Entre las numerosas páginas en que María Zambrano piensa la ciudad me he demorado en particular en tres artículos: «Una metáfora de la esperanza: las ruinas»<sup>4</sup>, «Un lugar de la palabra: Segovia»<sup>5</sup> y «Las vísceras de la ciudad»<sup>6</sup>. En éste, la autora alerta sin concesión alguna a la ingenuidad contra los atropellos que sufre la ciudad, los cuales amenazan con devastarla.

Al igual que las demás criaturas, la ciudad tiene entrañas. Y esa unidad entrañable, ese espacio abierto e íntimo tiene a su vez una presencia efectiva, más o menos visible, en la mayoría de los lugares en que Zambrano discurre sobre el «desconocido y tembloroso ser humano»<sup>7</sup>. Ese ser errante, sumido en el espacio cósmico, pide un albergue en el que «pueda vivir celándose y al par abriéndose». De ahí parte precisamente la acción que lo define entre todas: edificar. Edificar, haciendo historia, dirá Zambrano, porque arquitectura e historia proceden, según ella, del mismo ímpetu y de idéntica necesidad, esa necesidad derivada de una deficiencia del ser humano. Inadaptado entre los

demás pobladores del planeta, en un principio carecía de medio que le guardara y tuvo que construir lo mismo que había de protegerle<sup>8</sup>. Pero la humanidad no emprendió esta actividad ateniéndose sólo a la necesidad de resguardo:

«Ahí mismo, en el simple hecho de tener que edificarse un «abrigo» hay ya algo más que la mera necesidad utilitaria: el buscar un dentro, un interior, que cobije su naciente alma, como si fuese alguien que tiene que afrontar la vida antes de haber acabado de nacer y sintiese la necesidad íntima, entrañable de esconderse, de sustraerse a la luz a la que luego tiene que afrontar: a la luz que es también la ley»<sup>9</sup>

De todos modos, esa búsqueda de «un dentro», que la llevó a afirmar que: «Ciudad es todo lo que tiene techo. Y al tener techo, puerta. Un dintel y un techo, una habitación donde solamente su dueño y los suyos, y los que él diga, pueden entrar, por escaso abrigo que proporcione»<sup>10</sup>, no le impediría proclamar su convicción - o quizá sería mejor decir su anhelo- de que desde *ese* pequeño rincón es posible habitar el cosmos:

«Bajo el Imperio romano [...] en una embriaguez de universalidad se llegó a descubrir la igualdad entre los hombres todos. El estoicismo fue la «ideología» de este sentimiento. Sentimiento, además de idea, un sentirse el hombre habitante del planeta»<sup>11</sup>

De acuerdo con un pensar evocador de herencias cínico-estoicas, el cosmos entero es nuestra casa y siendo un lugar común y, por

<sup>4</sup> M. Zambrano, «Una metáfora de la esperanza: las ruinas», en *Lyceum*, La Habana (1951), n° 26, pp. 7-11; recogido en M. Zambrano, *La Cuba secreta y otros ensayos*, edición e introducción de J.L. Arcos, Madrid, Endimión, 1996, pp. 135-141, edición por la que citaré.

<sup>5</sup> M. Zambrano, «Un lugar de la palabra: Segovia», en *Papeles de Son Armadans*, Madrid-Palma de Mallorca (1964), n° 98, pp. 133-158.

<sup>6</sup> M. Zambrano, «Las vísceras de la ciudad», en *Diario 16* (1985), año X, 10 de noviembre (Sup. «Culturas», n° 31, p. VII), recopilado en *Las palabras...*, pp. 101-102.

<sup>7</sup> M. Zambrano, «El temblor», en *Diario 16* (1985), año X, 14 de julio (Sup. «Culturas», n° 14, p. III), recopilado en *Las palabras...*, pp. 181-182.

<sup>8</sup> Véase M. Zambrano, artículo citado en la nota 4, p. 139.

<sup>9</sup> Ídem, *ibídem*.

<sup>10</sup> M. Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona, 1993 (4ª ed.), pp. 107-108.

<sup>11</sup> M. Zambrano, «De la paganización», en *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 224.

tanto, un bien común nos corresponde a todos su cuidado. «El hombre terrestre» habita diversos cuerpos: el de la tierra, el del universo y el suyo propio<sup>12</sup>, y conviene que no desatienda a ninguno de ellos.

Del incumplimiento de ese deber se ocupa Zambrano en «Las vísceras de la ciudad»<sup>13</sup>, un texto que puede leerse en escasos minutos. En el Taller, y erigiéndome en maestra del mismo, planteé una propuesta que repetiré en este espacio. Si bien no podré confirmarla, confío en la complicidad de quienes «inverosímiles, pero no imposibles» lectores y lectoras- me hayan acompañado hasta aquí.

Antes, sin embargo, recordaré otras imágenes de ese recinto histórico que condiciona y a su vez es condicionado por el «individuo»: «[Individuo y ciudad] están mutuamente condicionados: la ciudad ya está ahí cuando el individuo nace; mas él ha de hacerla, sin tregua»<sup>14</sup>.

Signo máximo de una civilización, toda gran cultura está simbolizada y dirigida por una gran ciudad, a cada «imperio» histórico corresponde una, ciertamente:

«Mas la grandeza suprema de una ciudad es la que no corresponde a ningún Imperio, a ningún poder, sino la que resulta de ser el órgano de la cultura misma: el substrato de la civilización»<sup>15</sup>

Una ciudad, nos dice la pensadora, es un poder unificador por tratarse ante todo de una unidad viva, orgánica, capaz de influir no sólo en su derredor sino en las partes más lejanas en el espacio y en el tiempo. Algo particular que ha devenido universal, centro vivo que guía, enlaza

y une a otros centros; intermediaria y fronteriza, la ciudad verdadera es un camino hacia lo universal:

«Una especie de puerto que hay que pasar; puerto y puerta ante la cual hay que depositar una ofrenda. Un dintel que al modo como sucede en ciertos juegos infantiles, no se puede atravesar si se ha pisado raya y si no se ha pagado prenda [...]. Mas este pasar no puede ser un simple atravesar, que la prenda reside ahí, en que no se pasa sin más por una ciudad y si así es no vale. La ciudad tiene su especial alquimia, su fuerza transmutadora»<sup>16</sup>

En muchos de los pasos en que formula su idea según la cual la ciudad es lo que más se acerca a la persona, lo que más se aproxima *a ser* a modo de una persona, lamenta la pérdida casi completa de la creencia en la ciudad y del vivir por ella inspirado, lo que para la autora sería «entre los indicios que se muestran, quizás el más delator, el más significativo de que algo pasa en las raíces de este Occidente. Puesto que lo más creador de esta llamada cultura occidental ha sido la ciudad, las ciudades»<sup>17</sup>.

La ciudad tiene rostro, asevera la filósofa, algo que el estado se afana por tener. Frente a éste, aquélla es un espacio cualitativo, sacralizado: «En ella y a través de ella, se verifica la comunión con los que fueron y que en ella dejaron su nombre; la impronta del vivir diario»<sup>18</sup>. Sus obras, formas de vida y su liturgia son «como un receptáculo del trascender que mana de un vivir propiamente humano»<sup>19</sup>.

Hasta aquí, algunas de las representaciones que permiten vislumbrar la imagen zambrana de ciudad, imagen ésta que, aun mostran-

<sup>12</sup> Véase M. Zambrano, *op. cit.*, en la nota 10, p. 39.

<sup>13</sup> Véase la nota 6.

<sup>14</sup> M. Zambrano, *Persona y democracia*, San Juan de Puerto Rico, Departamento de Instrucción Pública, 1958; reeditado en Barcelona, Anthropos, 1988, p. 112.

<sup>15</sup> M. Zambrano, «Una ciudad: París», en *Lyceum*, La Habana, VIII (1951), n° 27, pp. 13-17; p. 13.

<sup>16</sup> M. Zambrano, artículo citado en la nota 5, pp. 134-135.

<sup>17</sup> Ídem, *ibidem*, p. 133.

<sup>18</sup> Ídem, *ibidem*, pp. 133-134.

<sup>19</sup> Ídem, *ibidem*, p. 134.

do contornos variables, jamás renuncia a su vocación mediadora.

Es ahora cuando sugiero el desplazamiento al apéndice que figura al final de este escrito, del cual pido una doble lectura: una primera visual o silente, y otra emitida con la voz. El primer modo, que se impuso lentamente antes de convertirse durante el s. XIII en el característico de nuestra modernidad, tiene muy poco que ver con la forma anterior de ese procedimiento, cuando el momento de la *lectio* era inseparable del de la *meditatio*, la cual, como recuerda Fumagalli, «nacía al mismo tiempo que la lectura e inscribía este ejercicio en la carne del lector además de hacerlo en su espíritu»<sup>20</sup>.

\*\*\*\*\*

«Era en tiempos de Giordano Bruno, en tiempos del Renacimiento...». Así comienza el texto ahora leído. Con una estructura deudora del discurso oral, María Zambrano nos sitúa de inmediato ante lo que nos quiere advertir: la ofensa de lo más íntimo, entrañable y oscuro de la ciudad trasciende a la ciudad toda. De acuerdo con su lema, «nada de lo real ha de ser humillado»<sup>21</sup>; el agravio produce desarmonía y causa enfermedad en el universo, en la sociedad, en los seres humanos y en toda criatura. Y todo está vivo... «Imágenes terroríficas tenemos bien cercanas de esta situación», nos dice, y escoge el dolor de Venecia como representación.

La época en que el mundo se mostró más a la vista como la unidad y la manifestación de un animal, «de un ánima que tiene su cuerpo, de un cuerpo que sostiene su ánima», indica, fue el

Renacimiento y, dentro del mismo, «los tiempos de Giordano Bruno». Cabe recordar que ese momento histórico no conoció un solo tipo cósmico, y aquél del que habla Zambrano no es el del universo vigente en las universidades del mundo occidental, el cosmos geocéntrico y finito de Aristóteles, Ptolomeo y santo Tomás, en el cual la tierra ocupaba la posición más *baja*, que se correspondía con su inferioridad ontológica. El universo bruniano es, en cambio, infinito y homogéneo. Para Bruno el cosmos es un *animal*, un ser vivo que contiene toda el alma en sí. Esta animación es la muestra de la inserción del filósofo en la tradición naturalista y platónica<sup>22</sup>.

Zambrano se sirve de la misma al señalar que acaso la ciudad no puede sufrir más los atropellos que padecen sus vísceras. Sólo es posible evitarlos si se *siente* el mundo «como un animal viviente», ya que de lo contrario se transita por la Tierra creyendo poder pisotear cualquier parte. Los elementos empedocleos que la conforman arquitectónicamente, las cuatro raíces del ser, «[de los que] nacieron cuantos seres existieron, existen y existirán», deben sentirse muy a disgusto con ella. Así, el agua -a la que Zambrano reconoce como *su* elemento, entre todos- puede disolverlo y reabsorberlo todo, puede lavar, purificar, y también inundar. Pero inunda cuando se empantana. A las aguas, visibles o invisibles no se les deja un segundo -son sus palabras- para que el espíritu que las hace vivas y no un elemento simplemente amenazador, extienda su armonía.

Y al igual que las aguas, las demás raíces acusan también, «al menos en Occidente», esa escasez de tiempo vivificador. «Falta tiempo. Al

<sup>20</sup> La lectura en voz alta exigía dos tipos de memoria de las palabras pronunciadas: una muscular, concerniente a los movimientos de la cara y la boca, y otra auditiva. Véase M. Fumagalli Beonio Brocchieri, *In un'aria diversa. La sapienza di Ildegarda di Bingen*, Milán, Mondadori, 1991, pp. 32-33.

<sup>21</sup> Zambrano recurre a variadas metáforas y símbolos para referirse a la oscuridad última a que hay que «descender» para hallar en el fondo oscuro los gérmenes de la luz, su aurora. Véase la «Introducción» de J. Moreno Sanz, a M. Zambrano, *La razón en la sombra. Antología*, Madrid, Siruela, 1993, pp. XX y ss.

<sup>22</sup> Véase G. Bruno, *Del infinito: el universo y los mundos*, Madrid, Alianza, 1993, traducción, introducción y notas de M.A. Granada, p. 159, donde el Nolano escribe: «Digo además que este infinito e inmenso es un animal, aunque carezca de una figura determinada y de un sentido que se refiera a cosas exteriores porque él contiene toda el alma y comprende todo lo animado y es todo lo animado». Al igual que su predecesor Nicolás de Cusa, el esfuerzo de Bruno se dirige, partiendo de la criatura humana, a la revalorización del prestigio metafísico de la tierra, prestigio que le había sido arrebatado por la cosmología aristotélico-ptolemaica.

hombre le falta tiempo» para administrar, según le corresponde, el conjunto del universo. Esa carencia consentida, ese abuso permitido al que se refiere severamente al final de «Las vísceras de la ciudad» provocan escisiones que alteran el orden cósmico y dificultan la reconciliación. Hay que respetar los períodos de restauración y observar las cadencias, advierte Zambrano. Debemos disponer de un tiempo de atención para reparar en los signos del universo. Si nos remitimos al aviso del puro sentir que vive envuelto en el olvido de cada ser humano, tales signos se nos aparecen como figuras impresas desde muy lejos, pero también desde muy cerca: «Mirados tan sólo desde este sentir, estos signos nos conducen, nos reconducen más bien, a una paz singular, a una calma que proviene de haber hecho en ese instante las paces con el universo»<sup>23</sup>.

## APÉNDICE

### *Las vísceras de la ciudad*

María Zambrano

Era en tiempos de Giordano Bruno, en tiempos del Renacimiento, cuando el mundo se presentó más a la vista como la unidad y la manifestación de un animal, de un ánima que tiene su cuerpo, de un cuerpo que sostiene su ánima, su alma. Pero cuerpo y alma están unidos, y disienten a veces. ¿Por qué? Porque tienen las vísceras, las entrañas. Las vísceras de una ciudad pueden ser ofendidas por el hombre que no siente el mundo como un animal viviente y que, al pisar la Tierra, cree que puede poner el pie en cualquier lugar, ignorando que, al transitarla, podría hacerla temblar y sumergirla.

Imágenes terroríficas tenemos bien cercanas de esta situación. Quizá la ciudad no puede ya más con que sus vísceras, ciertas vísceras, sean pisadas sean atropelladas. El caso de Venecia lo dice bien claro. Los fundamentos de los palacios venecianos, hechos como encaje, nacidos del agua como una flor, dan a entender desde hace mucho tiempo su dolor, su incapacidad para

seguir soportando esa vibración visceral. En otras ciudades, como la de México, ya se sabe que el subsuelo es de agua; y el agua puede resistirlo todo, pero no indefinidamente.

Puede el agua disolverlo todo, puede reabsorberlo, puede volver a nacer, puede estar sucia o limpia, puede limpiarse a sí misma tanto o más que el fuego, que, cuando se reenciende, es el mismo fuego; pero, cuando el agua se purifica ella misma no es la misma agua, ha habido como una acción invisible, directamente venida de la fundación del mundo, que nació, según nos dicen, del espíritu que reposaba sobre las Aguas. Y ahora a las aguas, visibles o invisibles, a las del mar también y a las de los ríos, no se les deja un segundo, para que el espíritu que las alienta, que las vivifica, que las hace aguas vivientes y no un elemento simplemente amenazador, extienda su armonía.

Los elementos han de estar en este instante muy en disgusto con la Tierra de la que forman arquitectónica parte. La Tierra, el planeta, es una arquitectura de elementos, pero el hombre lo es también. El hombre está hecho de elementos y de algo más que los preside, que los unifica, que los dirige como una música que no puede ser rota continuamente, que no puede estar constantemente siendo interrumpida, siendo zarandeada, siendo convertida en una música distinta.

La armonía del cosmos y el latir de las estrellas son cosas ciertas, pero son ciertas si no se desligan de la armonía universal. Algunas partes del cosmos han de tener que ver directa y aun invisiblemente con ciertas rupturas, anomalías y enfermedades, también sociales y políticas, que podrían ser reacciones de esta armonía rota a la cual no se la permite rehacerse ni por un instante. Falta tiempo. Al hombre le falta tiempo. El hombre, que es hijo de un robo, está abusando, al menos en Occidente, del robo que se le permite a esta armonía, a esta concordia de los cuatro elementos y de ese otro que los dirige, que los confina, que los limita, que los vivifica.

<sup>23</sup> M. Zambrano, *op. cit.*, en la nota 10, p. 107.